

Un autor teatral, cuyas obras se representaban en todos los grandes escenarios, se fijó como norma no asistir a ninguna de esas representaciones y, durante años, él, que con los años tenía cada vez mayor éxito, pudo atenerse a esa norma. Rechazaba sistemáticamente todas las invitaciones de los directores de teatro para ver sus escenificaciones, y no respondía siquiera a la mayoría de esos ruegos. Por lo demás, nada odiaba más que a los directores teatrales. Un día quebrantó su norma y fue a Düsseldorf, donde, en el Schauspielhaus de allí, que pasaba entonces por uno de los primeros escenarios, lo que, como es natural, no quiere decir que el Schauspielhaus de Düsseldorf fuera efectivamente uno de los primeros teatros de Alemania, vio su última obra, que se representaba allí; como es natural no el estreno, sino la tercera o la cuarta representación. Después de ver lo que habían hecho con su obra los actores de Düsseldorf, interpuso una demanda ante el tribunal competente de Düsseldorf que, antes de que llegara a verse en juicio esa demanda, lo llevó al famoso manicomio de Bethel, en la cercana Bielefeld. Demandó al director del teatro de Düsseldorf para que le restituyera su obra, lo que quería decir simplemente que pidió que todos los que habían participado en la obra de la forma que fuera le restituyeran y devolvieran lo que los había puesto en relación con la obra, por mínimo que fuera. Por supuesto, exigió también que los espectadores, cerca de cinco mil, que entretanto habían visto su obra, le devolvieran lo visto.